

## Imborrable

(Junio Mabbut)

Hay muchas clases de asesinas. Puestas a elegir una, la clase a la que pertenecía Mauve Faux no era la peor. De hecho, en comparación con las demás, tenía bastantes ventajas. La primera era la limpieza, lo cual tenía su importancia, porque lo más habitual era que Mauve se llevara trabajo a casa. Para eso no tenía manías; lo mismo le daba el salón que la intimidad de su dormitorio. Aunque no le gustaba admitirlo, alguna vez había llegado a hacerlo en el cuarto de baño. No resultaba nada elegante, pero estaba convencida de que no era la única que aprovechaba los ratos perdidos en el retrete para adelantar faena.

Otro detalle muy conveniente es que no tenía que deshacerse de los cuerpos. Nada de descuartizar cadáveres en la bañera y meter los pedazos en bolsas de plástico. Lo único que sus víctimas dejaban tras de sí era un insignificante reguero de tinta que salía con solo pasarle por encima un paño mojado en lejía. A veces le tocaba frotar un poco, pero no era lo más común. Si por algo destacaban las Faux, era por su pulcritud a la hora de matar.

Sin embargo, lo que de verdad había hecho sentirse a Mauve afortunada era la absoluta certeza de que nunca sería condenada por ninguno de sus asesinatos. ¿Cómo iba a serlo? No hay condena sin un juicio, no hay juicio sin investigación, ni investigación sin denuncia. Y, ¿quién iba a denunciar las desapariciones de personas a las que no se recuerda? Aunque quizás *personas* no sea el término más adecuado para referirse a las víctimas de Mauve, y ese era otro punto a favor; no dejaba tan mal sabor de boca como mandar al otro barrio a un ser humano corriente y moliente. O al menos así había sido hasta entonces, porque cada vez se le hacía más cuesta arriba sacar adelante la faena.

Sí, había muchas ventajas. Eso no podía negarlo, pero ella también tenía su corazoncito y, al fin y al cabo, todo el mundo tiene derecho a la vida, incluso aquellos

que están hechos de palabras y no de polvo de estrellas. Mauve estaba decidida a dejarlo. Lo había meditado a fondo y había llegado a la conclusión de que aquel estilo de vida no la hacía feliz. El lado malo —porque siempre tiene que haber un lado malo— era que tendría que contárselo a la abuelita Dafne. Y Mauve no estaba muy segura de que fuera a tomárselo muy bien.

\*

A las Faux lo de matar les venía de familia. Lo llevaban en las venas y habían sabido sacar partido de ello. Su negocio llevaba tanto tiempo en marcha que nadie se atrevía a hacer conjeturas acerca del año de su constitución. Según el letrero de la librería de lance que servía como tapadera, la cosa se remontaba a principios del siglo pasado, pero lo cierto era que solo lo habían puesto para disimular.

Mauve había crecido escuchando las hazañas de sus antepasadas. La abuelita Dafne la sentaba en sus rodillas y abría ante sus ojos admirados el viejo álbum de fotografías. La mayoría habían empezado a amarillear, aunque conservaban el encanto de las imágenes en blanco y negro. Ya no se posa como antes y, aunque así hubiera sido, nadie lo habría hecho como las Faux, con esa gallardía y esa expresión desafiante en la mirada.

—¡Cuéntame otra vez la historia de la prima Estela! —le pedía Mauve a su abuelita—. ¡Es mi favorita!

Y la abuelita Dafne accedía, aunque fuera la quinta vez aquella semana, porque no podía negarle nada su nieta.

—La prima Estela era tan valiente como una jabata. Cuando llegaba algún encargo que las demás encontraban demasiado arriesgado, ella daba un paso adelante sin dudarlo. Además, era de lo más versátil. Lo mismo sacaba adelante un homicidio múltiple que un

magnicidio. Y trabajaba todos los géneros, incluida la lírica, que ya sabes que no es cosa fácil. Pero lo que de verdad se le daba bien era el teatro. ¡Ya lo creo!

—¿El teatro?

—Por supuesto. ¿Sabes por qué Godot nunca llegó a presentarse ante Vladimir y Estragon? Porque la prima Estela salió a su encuentro y le dio matarile. Reconozco que el acabado no fue del todo fino. Se descuidó un poco y hubo que salir del paso con la excusa aquella del absurdo de la vida humana. Menos mal que estaba de moda el existencialismo. A día de hoy habríamos tenido que inventarnos algo con un poquito más de fuste.

—¡Guau!

—Mereció la pena. Ya lo creo. Aquel fue un servicio muy bien pagado. Vaya que lo fue.

—¿Y quién lo encargó? ¿Y por qué?

—Mauve, no seas impertinente —la reprendía con ternura la abuela Dafne cuando su curiosidad traspasaba los límites de lo apropiado—. Somos profesionales. Nosotras nos limitamos a sacar adelante el trabajo. Los motivos no nos incumben.

\*

Durante su infancia, Mauve había repartido las horas de juegos entre sus dos rincones favoritos de la librería. Uno era el sótano, donde podía pasarse tardes enteras recreando sus crímenes favoritos. El otro estaba pegado a la pared, debajo de la mesa en la que se exhibían las novelas de género detectivesco. Justo encima habían colgado una pintura al óleo. Era el retrato de una mujer con ojos grandes y redondos, cejas tupidas y gesto dulce. Se trataba de la despiadada tía Mildred.

—Una asesina extraordinaria. Podría dedicar toda la tarde a enumerarte sus proezas y se nos haría de noche antes de haber llegado siquiera a la mitad —le explicaba la abuela Dafne sin dejar de asentir, como si nada de lo que fuera a decir pudiera hacerle justicia a tan admirable carrera—. Siempre tuvo claro cuál era su nicho de mercado y raramente se aventuró fuera de él. Hay quien dice que tomó el camino más fácil, que entre tantos crímenes no podía ser muy difícil que los suyos pasaran desapercibidos. Yo opino que esa es la lectura de quienes se dejan llevar por la envidia.

Había una especie de chiste privado del que, inevitablemente, siempre alguien echaba mano en las reuniones familiares de las Faux; un chascarrillo acerca de la ingente cantidad de mayordomos inocentes que habían acabado cargando con las culpas de los asesinatos cometidos por la tía Mildred. No podía estar más trillado, pero era muy socorrido y siempre conseguía que se echaran a reír.

—Solo su hermana Astrid pudo hacerle sombra —recordaba mientras le señalaba con la barbilla otro cuadro, justo en frente del primero, sobre la sección de literatura romántica. A la difunta Astrid Faux se le apuntaba en los labios una media sonrisa que helaba la sangre—. La verdad es que en lo que se refiere cantidad nunca llegó ni a acercársele a Mildred. Sin embargo, no todo el mundo puede presumir de haber liquidado a la sexta hermana Bennet. Y créeme cuando te digo que no lo hizo solo por dinero. ¡Cielos! Esa Bennet se lo merecía. Era tan mojigata como Mary y con la misma cabeza de chorlito que Lydia.

—¿Es verdad que estuvo a punto de matar al mismísimo señor Darcy?

—Ya lo creo que sí, pero el cliente se echó atrás en el último momento. Una verdadera lástima —se lamentaba la abuelita Dafne pensando en lo que pudo haber sido y no fue.

En su día a Mauve también le había parecido que se había echado a perder una oportunidad maravillosa de hacer historia. Pero solo se lo había parecido entonces, cuando todavía era una niña y jugaba con los libros, soñando con llegar a ser una digna sucesora de sus antepasadas. Los años habían pasado, los tiempos habían cambiado y ella, para bien o para mal, también lo había hecho.

\*

No confiaba en que fuera a servir de mucho, pero, por si acaso, Mauve se había pasado la mañana horneando un pastel de terciopelo rojo con glaseado de crema de queso. Era el favorito de su abuela, que se había puesto como loca de alegría nada más ver a su nieta entrar en la librería. La había cubierto de besos y de abrazos antes de hacerla pasar a la trastienda. Andaba un poco aburrída y acababa de poner una cafetera a hervir, así que el dulce y la compañía le vendrían de perlas.

—Bueno, bueno. ¿Y qué te trae por aquí? —le preguntó mientras le echaba unas gotas de leche a la taza de café—. Con la de trabajo que tendrás últimamente.

—¿Trabajo? Uy, sí. Se me acumula —mintió Mauve, que llevaba semanas sin aceptar ningún encargo.

—¡Ay, no creo! Con lo diligente que tú eres.

—Ya sabes cómo son estas cosas, que van a rachas.

Lo había ensayado una docena de veces frente al espejo, pero la abuela Dafne, con sus rizos canosos y sus gafitas de concha en la punta de la nariz, imponía mucho más de lo que había previsto. Mauve ni siquiera se sentía capaz de mirarla a los ojos. Llevaba un buen rato removiendo el café con la cucharilla, y eso que, con los nervios, se le había olvidado ponerle azúcar. Tomó aire y levantó la cabeza. Una jovencita tan audaz como

ella no podía amedrentarse así, sin más. ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Que su abuela montara en cólera y en un acceso de furia tratara de clavarle un tenedor de postre? Era muy ágil; lo esquivaría. ¿Que tratara de defenestrarla o quisiera emparedarla en la buhardilla? Ya se las apañaría para escapar; de otras situaciones más peliagudas había salido.

Después de darle unas cuantas vueltas, abrió la boca, dispuesta al fin a confesarlo todo, aunque no llegó a pronunciar una sola palabra. Allí, en la trastienda de la vieja librería de segunda mano, rodeada de los bustos y retratos de las asesinas que la habían precedido, comprendió que lo que de verdad temía no era el enfado que pudiera provocar el anuncio de su decisión, sino la decepción que le supondría.

Generación tras generación, a lo largo de los siglos, las Faux habían permanecido fieles a su legado. Nunca ninguna había renegado de él. Ahora Mauve iba a arruinar toda una tradición familiar que se perdía —literalmente— en la noche de los tiempos. De manera instintiva, casi maquinal, desvió la mirada hacia su izquierda. Allí, en una alacena de madera de ébano, la abuelita Dafne conservaba dentro de un expositor de cristal el fragmento de un manuscrito laboriosamente ilustrado. Era una traducción griega del libro del Génesis. Las letras habían sido repasadas con tinta plateada sobre una vitela teñida de púrpura, pero lo más llamativo era la miniatura que ocupaba una tercera parte de la página. En ella se habían plasmado varios episodios de la historia bíblica. Curiosamente, una misma figura se repetía en todos ellos. Era Lavinia Faux. No estaba muy claro cuántas vidas había arrebatado, aunque todo apuntaba a que había reducido considerablemente la abultada progenie de Eva y Adán.

En el mismo mueble, una balda más abajo, se guardaba un tesoro aún más antiguo y valioso: una estatuilla de alabastro con forma de mujer que sostenía entre sus manos una especie de tablilla atravesada por una daga. A las Faux les gustaba pensar que se

trataba de la representación de la primera de su larga estirpe. Procedía de las excavaciones del templo de Ishtar, al oeste del Éufrates, y había llegado a formar parte de las reliquias familiares como retribución por una de las misiones más complicadas a las que las Faux se habían enfrentado.

—¡Oh! Es preciosa, ¿verdad? Nunca podremos agradecerérselo suficientemente a la tatarabuela Gertrudis. Te he contado tantas veces la historia de cómo hizo que lo de Calisto pareciera un accidente... ¡Menudo berrinche se agarró la pánfila de Melibea!

A la abuela Dafne se le escaparon unas carcajadas tan violentas que tuvo que dejar sobre la mesa el cuchillo con el que estaba cortando el pastel de terciopelo rojo. Cuando se le pasó el ataque de risa se limpió las lagrimillas y le tendió a su nieta un plato con un pedazo generoso. Luego se sirvió ella misma otro pedazo y le hincó el tenedor a la cobertura de crema de queso. Mauve, que había tenido que forzar una sonrisa para que su abuela no se diera cuenta de que la anécdota ya no le hacía tanta gracia como unos años atrás, soltó un resuello y se decidió a hablar como quien se tira al agua helada, sin pensárselo demasiado, dejando la mente en blanco y entregándole las riendas a un impulso repentino.

—Abuela, voy a dejar el negocio.

A la pobre abuela Dafne, de la impresión, se le cayó del tenedor el trozo de pastel que estaba a punto de llevarse a la boca.

\*

No le entraba en la cabeza qué había podido empujar a su querida Mauve a tomar semejante decisión. Le preocupaba especialmente que pudiera deberse a algún problema de salud. Por fortuna se encontraba muy bien y así se lo hizo saber a su abuela, que siguió elucubrando por su cuenta las posibilidades más disparatadas, sin aproximarse lo más

mínimo al auténtico motivo por el que su nietecita había resuelto abandonar el mundo del crimen.

—¿Te está chantajeando la Yakuza Narrativa? ¿No te habrán enredado en una guerra de mafias?

—Ni la Yakuza Narrativa ni la Glosa Nostra. No, abuela, no es nada de eso —la tranquilizó ella—. Es algo de lo que me fui dando cuenta poco a poco. Hace tiempo que no me llena esto de darle matarile a los personajes que han creado otros. A mí lo que de verdad me hace feliz es inventármelos.

La abuela Dafne se quedó de piedra. ¿Había entendido bien lo que su nieta quería decir? No podía concebir nada peor. Bastante malo era ya que no quisiera seguir adelante, que desertara, que renegara de su naturaleza y de sus raíces, para que encima le diera por pasarse a las filas del enemigo. Podía llegar a entender que se hubiera hartado de los asesinatos y que quisiera probar suerte en cualquier otra profesión honrada, como profesora de esgrima o cuidadora de serpientes, pero aquello era demasiado para su anciano corazón.

—Dime que no estás planeando hacerte escritora —le suplicó aterrorizada.

—No lo estoy planeando. Voy por mi tercera novela —confesó Mauve, tan avergonzada que no podía sostenerle la mirada a su abuela—. Y eso sin contar los relatos cortos y los ensayos periodísticos.

—¡Ay, por favor!

—Pues espera, que ahora viene lo gordo.

Buena gana de retrasar lo inevitable. Tenía que aprovechar que había cogido carrerilla para soltarlo de golpe o nunca volvería a reunir el arrojo suficiente para sincerarse del todo.

—Abuela, he conocido a alguien.

Como si ya nada de lo que fuera a escuchar pudiera afectar en absoluto a su alteradísimo estado de nervios, la abuelita Dafne dejó de lamentarse y recuperó la compostura para lanzarle una pregunta a su nieta. Ya se estaba temiendo lo peor y tenía que salir de dudas.

—Por lo menos dime que no es un editor.

Mauve meneó un poco la cabeza de un lado a otro, indicando que no lo era. Luego la hundió de nuevo entre sus hombros. Solo había algo más humillante que un editor.

—¿Un personaje?

Ante el espanto de su abuela, que se había llevado las manos a las sienes en señal de escándalo, Mauve asintió tímidamente. Luego buscó con sus ojos los de ella. Si no le mostraba una pizca de comprensión, no podría seguir hablando. Dafne pareció entenderlo y se obligó a recomponerse. Tomó una bocanada de aire y, con toda la dignidad que le fue posible exhibir, se mostró dispuesta a mantener una conversación más o menos civilizada.

—No será algún objetivo. Habría sido muy poco profesional por tu parte.

—Descuida abuela, eso está muy visto y siempre procuro evitar los tópicos.

—Mira, ya es algo —le concedió con un mohín todavía a medio camino entre el enojo y la indulgencia—. ¿Es famoso? ¿Algún protagonista?

—¿Qué va! Es solo un secundario. Nos conocimos en el transcurso de una digresión.

—¿Una digresión? ¿Eso todavía se estila?

—Muy poco. Apenas nada. Pero ya me conoces, estoy chapada a la antigua.

Eso era algo sobre lo que nunca había albergado ninguna duda. Al menos no hasta entonces. La propia abuela Dafne tendría que ensanchar mucho sus miras para adaptarse al giro argumental que Mauve le había dado a su vida. No sería sencillo, pero se le notaba que estaba dispuesta a hacer un esfuerzo. Por un lado, seguía sintiéndose indignada; no acababa de ver claro a dónde podía conducir el retorcido sendero por el que su nieta había elegido transitar. Por el otro, agradecía sinceramente que hubiera confiado en ella y le hubiera contado la verdad. Le llevaría algún tiempo hacerse a la idea, aunque estaba dispuesta a poner todo lo que hiciera falta de su parte para que fuera feliz.

—Sírrete otro trozo de pastel, anda, y háblame del personaje ese. ¿A qué se dedica? ¿De qué época es? ¿Y cuando piensas presentármelo?

Por primera vez desde que había entrado en la librería, Mauve fue capaz de sonreír con franqueza, sin tener que forzarse para disimular una inquietud que ya se había esfumado. Tomó un sorbo de café y le lanzó a su abuela una mirada amorosa por encima del borde de la taza. Asesina o no, ella era una Faux, como lo habían sido la prima Estela, la tía Mildred y su hermana Astrid, y mucho más tiempo atrás su antepasada Lavinia y probablemente la misteriosa dama mesopotámica que sostenía en sus manos una daga y una tablilla. Los tiempos cambian y las tradiciones también, pero el vínculo que las unía siempre permanecería inalterable, denso como la sangre e imborrable como la tinta.

**FIN**